

LOS DERECHOS
DE LA RAZON Y DE LA FE,

en el acto solemne de ser restaurada
la Universidad de Inspruck, año de 1863.

Por H Hurter, de la Compañía de Jesus,
Profesor de Teología y Decano de esta Facultad.

TRADUCCION DEL ORIGINAL ALEMAN

POR D. GENARO ALAS Y UREÑA,

CAPITAN DE INGENIEROS,

Y PUBLICADO POR

D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

BT50
H8
c.2

SO CON PERMISO

IDAD ECLESIASTICA

CALIENTES.

ana.—E. de Galeana

1894.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BT50

H8

C.2



1080019701

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



BT50
H8
Ej. 2



LOS DERECHOS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitar

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
DE LA RAZON Y DE LA FÉ.

La más sublime entre todas las excelencias y privilegios del hombre es sin duda alguna la razón: esta nobilísima potencia le distingue esencialmente de las naturalezas inferiores, en las cuales no brilla la luz intelectual, y sobre todas ellas lo eleva como á ser el más perfecto de cuantos forman el universo visible: gracias tambien á la razon de que está dotado, el hombre viene á ser el centro y como el representante y señor universal de todo lo que vemos, en alas de la cual sube con el pensamiento y el corazón hasta un mundo sin comparacion alguna más sublime que este; entre ambos mundos ocupa un lugar intermedio juntándolos en uno y formando el misterioso anillo que mutuamente los enlaza. En la razon humana veía Aristóteles algo de divino; y Platon por su parte aseguraba que por la razon somos de linaje de Dios. La Iglesia no se ha opuesto jamás á conceptos que tanto elevan y dignifican al

42660

hombre, antes bien los ha marcado con el sello de su aprobación y autoridad. Doctrina expresa de muchos Padres de la Iglesia es, que precisamente la semejanza del hombre con Dios, le viene de estar alumbrado de la luz de la razón: doctrina contra la cual nada podrá hallar ni aún el más prolijo exámen; al contrario, basta poner los ojos, aunque sin profundizarlos, en las excelencias del alma racional para echar de ver esa admirable semejanza. A quien atentamente considere la naturaleza del espíritu finito, se le ofrecerá éste como una forma en que se echa de ver la imitación, hecha por cierto con riquísima variedad, del ser infinito segun sus atributos y propiedades. Véase si no lo que hay en estos sublimes objetos con relación al tiempo y al espacio. Siendo como es inmenso el ser infinito de Dios, claro es que no puede estar encerrado por ninguna medida de espacio ni de tiempo. Ahora bien; esta divina inmensidad se refleja en nuestro ser espiritual, cuya acción no pueden ciertamente impedir ni contener el tiempo ni el espacio: con el pensamiento volamos á donde queremos sin limitación alguna; y aunque ceñidos como estamos por el organismo corpóreo á determinados lugares, todavía podemos considerar todas las cosas que pasan á distancias inconmensurables en el cielo y en la tierra. Un solo momento dura nuestra presente vida, pero este momento basta para que desfilen á nuestros ojos, cual si hoy vivieran, las generaciones pasadas que millares de años han convertido en polvo. La naturaleza toda recibe de nuestro espíritu luz y explicación, dejándole entrever sus fines más ocultos y penetrar en sus mis-

teriosos laboratorios, donde callada y sosegadamente, pero con incesante y fecunda actividad sus fuerzas elementales crean y animan y destruyen para volver de nuevo á construir. Al través de espacios inmensos el espíritu racional se ha elevado hasta los cielos; ha trasladado en forma científica el orden invariable de las estrellas del firmamento, y trazado sus órbitas y sometido á las reglas del cálculo el mecanismo de las esferas. Solo un punto habita de la tierra, y no obstante ha llegado á pesarla en la balanza de su razón, y la ha medido en sus tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad. Las mismas leyes naturales que presiden en la organización de los seres vivos, ha logrado asimismo iluminar hasta el punto de ser dado á la Anatomía comparada el construir mentalmente el cuerpo entero de un animal á vista de uno de sus miembros, aún el más pequeño. Desde el polvo que los rayos del sol nos dejan ver en la atmósfera, y que llena el espacio que nos rodea, hasta los mundos siderales que ruedan en las alturas; desde la arena del mar hasta el vastísimo Océano, ó mejor, hasta la fuente inagotable de todo ser y perfección, no hay cosa que no sea objeto del conocimiento intelectual de nuestra alma. Su inteligencia sigue las mismas razones con que el Criador concibió eternamente y sacó de la nada las cosas que son, cual formas y representaciones vivas de sus ejemplares divinos, los cuales reproduce en cierto modo la mente al contemplarlos. Porque « así como la obra divina de la creación originada del espíritu humano es la ley de las cosas ideales, es decir, de los conceptos que engendra en nuestra mente la contem-

plación de la realidad. Por donde se vé que nuestras ideas son un como traslado é imitacion intelectual de los divinos prototipos»; y pues en Dios se hallan reducidos á unidad simplísima y en toda su perfección los modelos originales de todas las cosas, segun los cuales son llamados del seno mismo de la nada, por un modo análogo contiene el espíritu humano si no en acto, á lo ménos virtualmente, las ideas de todas las cosas. Con profunda verdad dijo Aristóteles que el alma racional del hombre bajo cierto respecto es todas las cosas; y con la misma razon se ha dicho del hombre adornado de la razon, que viene á ser el ojo del universo, en donde se pintan y representan todas las cosas de él; y la lengua de la creacion, porque no solo las encierra espiritualmente dentro de sí, sino tambien las declara y manifiesta descubriendo su interior por medio de la palabra. Tambien ha sido llamado bajo este respecto mundo pequeño, y mundo distinto del que vemos, el mundo del mundo, porque si bien es harto limitado su espíritu, pero con su mirada entra en el interior de las cosas y las lleva y contiene espiritualmente dentro de sí mismo.

Pero aún no hemos ponderado debidamente, ni con mucho, la amplitud é intensidad de las fuerzas del espíritu humano. Esa misma poderosa virtud intelectual con que penetra en la naturaleza y descubre sus leyes, le proporciona los medios de reducirla á su propio servicio obligándola á ejecutar sus designios, á cumplir sus miras y deseos, y le da trazas para formar con elementos preexistentes nuevas cosas, dóciles á su voluntad. No bien concibe el hombre y formula su pensamiento, la corriente eléctrica, cual

humilde sierva, lo trasmite á los lugares más remotos con la prontitud del relámpago. Inmensas son las distancias que separan á los cuerpos celestes de la tierra, pero aquel las acortó, en cuyo sepulcro se lee: *Aproximavit sidera*, hermoso epitafio que recuerda á la posteridad los servicios que él hizo á la Astronomía. En vano se oponen los mares al paso del hombre, en vano á sus investigaciones se niegan inaccesibles las montañas; porque las mismas aguas le conducirán por el agua, y el fuego le ayudará á practicar sendas en medio de las rocas. Con razon pues ha sido llamado señor de la naturaleza, rey de la tierra; que segun la hermosa sentencia del Crisóstomo «es el hombre sobre la tierra por la voluntad de Dios, lo que el mismo Dios es en los cielos por su propio derecho.» Y á la verdad, por el mismo hecho de estar el hombre dotado de razon, goza tambien de libertad, y gracias á este nobilísimo atributo el ser de innumerables criaturas se halla pendiente de su querer soberano. Y es tan grande este don de libertad y señorío del hombre sobre el resto de la creacion, fundados en su razon, que es opinion acreditada siempre en la Iglesia, que en ese tan sublime privilegio consiste su semejanza con Dios.

Ahora, si tan sublime y excelente bien es la razon; si por ella es el hombre la más noble criatura del universo visible; ¿á quién podrá maravillar que á sus ojos sean caros, preciosos, sagrados, los derechos de su razon, ni que los estudie y defienda contra toda cosa en que siquiera vislumbre aún la más remota tendencia á disminuirlos, á ponerlos en tela de juicio, á violarlos? Justo es por consiguiente y muy lau-

dable el celo con que debe de velar el hombre para conservar ileso tan preciado tesoro, librándolo de injustos agresores.

Poro aunque todo esto puede y debe ser concedido en términos tan precisos y absolutos como agrade que sean hasta à los màs celosos defensores de la razon, jamás tendrá derecho nadie para asaltar la verdad de la fé, singularmente de la católica, so pretexto de que la fé, es irracional, de que lastima por consiguiente los fueros de la razon: ni es tampoco posible en justicia decir, sacando la consecuencia de tamaño error, que la fé se aviene únicamente con la infancia del género humano, con la menor edad de la razon, pero que no se hermana con el progreso de la ciencia, la cual despues de indecibles trabajos y al cabo de millares de años ya puede muy bien conferirnos el derecho de no rendir nuestro asenso sino á aquellas cosas cuya verdad se ofrece al entendimiento fundada en motivos evidentes, de las cuales tan sólo puede haber ciencia propiamente dicha. Así pensaba la filosofía del siglo último, plagada de naturalismo y de sensualismo; y así piensan tambien las escuelas racionalistas de nuestro siglo; aunque si vale decir verdad, semejante opinión, discutida màs que nunca en los últimos años de aquel siglo, está muy distante de ser nueva.

Para todo pensador juicioso que examine las razones en que se funda esta teoría, muy propia ciertamente para deslumbrar y seducir á los que solo miran la superficie de las cosas, esta teoría no es sino el resultado de preocupaciones originadas de la ignorancia acerca de la naturaleza, esencia y objeto de

la fé. Porque es cosa cierta, que si sus enemigos ahondasen algo en el conocimiento de lo que constituye la esencia de la fé, luego hecharian de ver que ninguno de los derechos de la razon es violado por ella, y que la fé recibe à su vez de la razon los más preciosos y bellos testimonios: verian que la fé presupone los derechos todos de la razon, cuyo más sublime acto, como notó Pascal, es la fé misma; y verian por último que solo entonces se perjudica á sí misma la fé, cuando despoja á la razon de sus fueros, y por tanto que las personas que los amenazan ú hostilizan, lo que consiguen es derribarlas á entrambas en el sepulcro y conmovier por sus propias manos los fundamentos de las creencias.

Ante todo será bien preguntar ¿cuáles son los derechos de que la razon puede mostrarse celosa? En primer lugar, la razon tiene la facultad de inquirir y examinar segun la medida de sus fuerzas las verdades que pertenecen á su jurisdicción, á fin de aumentar la suma de sus conocimientos, de dilatar el círculo de sus ideas. En segundo lugar, puede la razon invocar en rigor de justicia el derecho de no admitir cosa alguna como cierta sin razon suficiente. Y por último, tambien le asiste el derecho de negar absolutamente su asentimiento á todo error en concepto de tal. Ahora bien, ¿la fé por ventura ha vulnerado jamás esos derechos? ¿los ha cercenado ó combatido alguna vez? Mejor dicho, ¿encierra acaso la fé cosa alguna contraria à esos derechos? Terminantemente lo niega la historia. ¿Acaso no son precisamente las naciones cristianas las que en todos los ramos del saber han hecho las más preciadas con-

quistas? Los hombres á quienes debemos los resultados más bellos y brillantes de las ciencias naturales, ¿quien ignora que en su mayor parte creían en la divina revelación? Aquel canónigo de Frauenburgo, que con sus propias manos se anticipó á grabar en su sepulcro las palabras

Non parem Pauli gratiam requiro,
Veniam Petri neque posco, sed quam
In crucis ligno dederas latroni
Sedulus oro.

¿no era por ventura tan buen cristiano como sábio eminente? ¿le impidió su fé descubrir un nuevo sistema astronómico y fundar esta ciencia, cuyos resultados llenan el ánimo de admiración? ¿No creían también en la revelación un Keplero, cuyo genio abarcó la ley de las órbitas trazadas por los planetas, y «con vista profética nos hizo presentir en sus tres leyes las misteriosas atracciones en las cuales rebose, por decirlo así, la vida de nuestro sistema planetario;» un Newton «que siguiendo las huellas de Keplero, con sin igual penetración supo, gracias á su gravitación universal, reducir á moneda usual, muy bella por cierto, el rico tesoro desenterrado por el mismo Keplero, para honor é incremento de la ciencia» Este ilustre sábio empleaba alternativamente las horas en sus estudios matemáticos y astronómicos y en la sacra exégesis. Y pues hemos pronunciado el nombre de Newton, ¿será bien que nos olvidemos del moderno Aristóteles, gloria de Alemania, cuyo génio enciclopédico abrazó todos los ramos del saber, y no obstante

habría reputado por la más gloriosa página de su vida la reconciliación que anhelaban entre la Iglesia Católica y las confesiones tristemente separadas de ella? Eulero, el gran matemático Eulero, escribió una obra intitulada: «Defensa de la sagrada revelación contra las objeciones de los libre pensadores.» Del ilustre Ampere cuyo nombre irá para siempre unido á la fama de sus descubrimientos acerca de la electricidad dinámica, refiere Arago, testigo por cierto nada sospechoso, que sabia de memoria la Imitación de Cristo de Tomás Kempis. Cosa notable! Ninguno de estos varones eminentes ni tantos otros dignísimos de figurar entre ellos, como pudieramos citar, ninguno se sintió jamás impedido ni embarazado por la fé en sus investigaciones y descubrimientos.

Estos nombres esclarecidos prueban muy bien, que la fé no se opone de modo alguno á la razón que incesantemente anhela á dilatar la esfera de sus conocimientos; pero séame no obstante permitido á mayor abundamiento y para confirmar mi proposición internarme algun tanto en la especial consideración de cuestiones que pueden ser suscitadas en nombre y bajo los auspicios de una ciencia que la época presente cultiva con predilección, acierto y resultados brillantes. La tierra, al decir de esta ciencia, no llegó al estado en que la vemos, en un abrir y cerrar de ojos, ni en algunos dias solamente: la Astronomía, la Paleontología, la Geología, exigen cientos y aún miles de años para dar por formado este globo terráqueo que habitamos. Pero ¿que digo millares de años? Gustavo Bischof pide para esto la frió-

lera de 353 millones de años; y Burmeister se ha atrevido á decir que «millares de años suelen ser la medida histórica ó mitológica de los sucesos memorables, pero que tratándose del espacio de tiempo empleado en la creación del mundo, no son nada. Porque así como la asombrosa extensión de los espacios del universo no puede medirse sino por millones de leguas, de ese mismo modo sus varias edades solo pueden computarse por millones de años». ¿Qué enseña acerca de esto la fé? ¿No nos dice la fé con palabras claras y terminantes que en seis dias crió Dios el cielo y la tierra? ¿Puede concebirse una oposición más palmaria que esta entre la ciencia y la revelación? ¿No vemos por ventura aquí condenados por la fé todos los descubrimientos, aún los mejores demostrados, de las ciencias naturales? ¿No es esto además cerrar el paso á nuevas investigaciones y estudios sobre tan importante cuestión? Muchos á la verdad han aplaudido con maligna alegría el dicho del otro: «Que la Astronomía le ha tirado el techo á la cabeza á la fé antigua, y la Geología le ha minado el terreno; y que los descubrimientos en materias geológicas son los funerales de la cosmogonía de Moisés.» Pero á pesar de tales sentencias nada hay aquí que arguya ni aún la más leve oposición ó enemistad entre la Religión y la ciencia. Ciertamente las palabras de la Escritura, tomadas como suenan, nos dicen haber criado Dios en solos seis dias los cielos y la tierra; al paso que las ciencias naturales se inclinan á la opinión que divide en periodos el tiempo de la creación; pero la verdad es que la Iglesia jamás enseñó que esa diferencia aparente fuese una oposición real; antes es un he-

cho constante, que hoy dia en la misma Roma muchos sabios están por dicha opinion. Si no fuese así, ¿Cómo era posible que una de las primeras dignidades de la Iglesia, el sapientísimo Cardenal Wiseman, hubiese cultivado, y con tanta solicitud, tales estudios? Porque es evidente que la Santa Sede no los hubiera tolerado, ni mucho ménos *fomentado*, como repetidas veces lo ha hecho, en términos por cierto muy expresivos, si tales esfuerzos y tendencias fuesen contra la fé, ó de algun modo la pusieran en peligro de zozobrar. Pero volvamos á la cuestión propuesta para ver cómo se resuelve.

La sagrada Escritura nos habla de seis dias; y el exámen puramente natural de los sabios no se contenta sino con largos períodos para explicar el origen del mundo. ¿Hay por ventura oposición alguna entre estas dos luces? No ciertamente, porque lá fé no dice si esos seis dias fueron de los llamados astronómicos, que duran el espacio de veinticuatro horas, ó dias, por decirlo así, divinos, de millares de horas. «En los seis dias del Génesis, no ménos que en el periodo que llaman caótico» dice un docto investigador del sagrado texto, «hay amplitud muy bastante para contener, si es preciso, todos los millones de años que los doctores en ciencias naturales calculan y tasan como indispensables para que pueda ser explicada la formación de la tierra. Ni uno solo ha habido entre los exégetas de la Escritura, que condene por falsos esos cálculos de Astrónomos y Geólogos trayendo por considerando de su fallo que el cielo y la tierra fueron criados en seis dias.» El célebre Obispo de Hermópolis Frayssinous, advirtió asimismo

que por nuestra parte tenemos derecho á dirigirnos al Geólogo y decirle: «Puedes cierto interrogar libremente á las entrañas de la tierra; y si tus investigaciones no exigen que demos al día más de veinticuatro horas, seguiremas como hasta aquí creyendo ser esta su duración; mas si tus descubrimientos son tales que prueban con evidencia que el globo que habitamos, con sus animales y sus plantas, es más antiguo que la especie humana, está seguro que nada resulta de aquí contra el Génesis, pues nos es permitido admitir por la palabra dias, espacios de tiempo indeterminado, en cuyo caso los mismos adelantamientos de ciencia vendrian á darnos la explicación de este oscuro pasaje de la sagrada Escritura que hasta el día de hoy no ha sido del todo claramente interpretado.» «Porque la Biblia, observa admirablemente Reusch, como monumento puramente religioso y sagrado que es, si no se adelanta á decir cosa alguna cuya averiguación corresponda á la ciencia, ni resuelve ninguno de los problemas cuya solución sea el resultado de empíricas investigaciones: así que, sea el que quiera el término á que estas conduzcan, es imposible que se oponga á la narración bíblica, ni que entre ambos términos surja ninguna manera de conflicto. La revelación dá carta blanca al verdadero sabio para que en el orden puramente científico registre el resultado de sus esfuerzos. No está ni por el platonismo ni por el neptunismo, sino únicamente por lo que á la Religión toca y pertenece: ni es menor su neutralidad entre Vulcanistas y Plutonistas, que entre Alópatas y Homeópatas». En cambio lo que la fé únicamente sostiene en éste pun-

to, es que la materia de que consta el mundo, no es eterna ni increada, como han dicho algunos, cuya doctrina jamás demostró ni pudo demostrar el estudio de la naturaleza, que cierto no alcanza á resolver tal problema. Razón tuvo pues el sabio Kurtz, protestante, antes citado, para decir que es «pura ilusión creer ó tratar de que los demás crean, que los estudios experimentales han enemistado á nadie contra la Escritura; la culpa de esto no debe echarse á la experiencia, sino al afán de especular sobre cosas que sobrepujan á la experiencia.»

Lejos de andar reñida la fé con los estudios científicos sobre la naturaleza, es por el contrario cierto que la primera desea, hasta por su propio interés, que estos estudios prosperen y se perfeccionen y florezcan, persuadida á que no hay nada que así le perjudique como el saber á medias, el cual sin penetrar lo primero en el santuario de la ciencia ni buscar la verdad en los misterios de la revelación, todas las cosas las juzga y sobre todas pronuncia su fallo sin entender profundamente de nada. Ciertamente el perfeccionamiento intelectual en este como en los demás ramos del saber es y no puede ménos de ser útil y provechoso á la Religión. En una reunión de sabios ingleses habida, algunos años há, el Dr. Chalmers, hombre de mucho ingenio, cuya sinceridad no ha sido blanco de la ironía de los incrédulos ha asegurado solemnemente que «el Cristianismo nada debe temer, sino antes esperar del progreso de las ciencias naturales todo lo que puede desear de ellas.» Ahora bien, lo que un sabio de tanta autoridad admite, bien podemos afirmarlo también nosotros sin temor ni res-

tricción alguna. ¿Cuántos hay que habiendo dado principio á sus estudios, dominados del escepticismo, acabaron por reconocer que lejos de combatirse se auxilian y dan la mano en amigable consorcio la revelación y la ciencia? Muy digna de ser notada es aquella observación de Ampere, que por cierto no fué el único que la hizo, que «ó Moisés llegó á poseer las ciencias naturales con la misma perfección que hoy se ha alcanzado en ellas, ó estuvo verdaderamente inspirado.» Esta fué asimismo, dejada aparte la autoridad de otros sabios famosos que han abundado en dicha sentencia, tales como Schuber, Andrés Wagner, Madler, Marcell de Serres, A. G. Werner, la del insigne fundador de la novísima Geología: «Moisés, ha dicho Cuvier nos ha dejado una Cosmogonia tan exacta, que no pasa día sin que su exactitud se vea confirmada de una manera admirable.» Y á la verdad, á medida que las ciencias naturales se han ido adelantando y enriqueciendo, se han ido tambien y con igual paso desvaneciendo las dificultades que el siglo pasado especialmente fué acumulando á modo de nubes amenazadoras pero vacias, contra la revelación mosaica. Los hechos sucedieron de un modo harto diverso de como se habian ideado: porque de los 80 sistemas geológicos, diferentes unos de otros, inventados á porfía, con que pretendió dar en tierra con la divina revelación, y sepultarla, ninguno ha podido no diremos solamente prevalecer, pero ni siquiera conservarse en la memoria de los hombres, antes ha sucedido que los presuntos sepultureros, se vieron dados al olvido, convictos de superficialidad y sin razón á los ojos de un saber realmente sólido y

profundo.

Razón es por tanto afirmar resueltamente que en nada se opone la fé al derecho primero y capital de la razón; que en nada impide ni embaraza el libre movimiento que sigue esta facultad así en la série de sus investigaciones como en el de las pruebas relativas á las verdades que están naturalmente á su alcance. ¿Acaso la fé no invita á la razón á que examine las bases fundamentales en que descansa? Las cuales bases ó razones son dos: la primera, que DIOS ES VERDAD SUMA; y la segunda, que ESTA SUMA VERDAD HA HABLADO con los hombres. Una y otra verdad hay necesidad de mantener para que la fé pueda ser racional, porque racional debe ser el obsequio de nuestro entendimiento á la divina revelación. Ahora bien; si no hemos de incurrir en un círculo vicioso, dichas dos verdades solo por la razón deben ser reconocidas y demostradas. Es preciso proclamarlo así aún en favor de la misma fé. «El que no conoce la verdad, dice Marco, discípulo del gran Crisóstomo, no puede creer verdaderamente, porque el conocimiento precede naturalmente á la fé.» Con no menos claridad y precisión se espresaba la Escolástica: «Así como la gracia, dice Santo Tomás, presupone á la naturaleza y lo perfecto á lo perfectible, así la fé presupone el conocimiento racional.» Sabido es que como los doctos escritores Bautain y Bonnety hubiesen tocado á los derechos de la razón y de la fé equivocadamente, el pontífice Gregorio XVI y despues el inmortal Pio IX levantaron su voz, y fué formulada aquella famosa proposición: «Rationis usus fiden præcedit et ad eam hominem ope revelationis

et gratiae conducit."

La fé por consiguiente presupone á la razón con el derecho de investigación y exámen inherente á ella; y de esta suerte acude á defender el otro derecho que asiste á la razón, á saber, el de no admitir cosa alguna sin motivo y fundamento. Dígase norabuena de la fé, que es oscura, difícil, que está llena de misterios; pero jamás habrá derecho para decir que carece de fundamento, y mucho ménos que es irracional. No es ciertamente la fé un asenso ciego, destituido de motivos, engendrado simplemente del temor ó de las otras pasiones; todo lo contrario: la fé descansa en estas razones incontrastables que la acreditan de verdadera á los ojos de la razón, conviene á saber: la suprema autoridad del divino testimonio de una parte, y de otra las pruebas que demuestran haberse dignado esa divina autoridad conversar con los hombres para comunicarles las verdades que constituyen el tesoro de la revelación. Los hechos confirman claramente el testimonio divino. Segun esto el verdadero fiel puede siempre seguir aquella máxima del Príncipe de los Apóstoles: "Prontos siempre á dar satisfacción á cualquiera que os pida razón de la esperanza ó religión en que vivís." Así, cuando sea preguntado por qué creé este ó aquel misterio, su respuesta ha de ser: porque Dios mismo, autoridad infalible, me lo enseña. Y si le vuelven á preguntar, qué le mueve á creer y fiarse en el Divino testimonio y qué razón tenga para reputarlo por divino, responderá: por que son tantos y tales los motivos que me impelen á este asenso, engendrados no solamente de la infalibilidad del autor de la verdad, sino tambien del

hecho mismo de la revelación, que una de dos: ó tengo que rehusar mi asentimiento á todas las pruebas históricas en que se funda mi fé sobre infinidad de hechos que nadie pone en duda, lo cual es absurdo; ó tengo que admitir el hecho de la revelación por las mismas razones y fundamentos que justifican mi certidumbre en orden á esos hechos. Yo creo los sucesos que refieren las historias griegas y romanas fundado en la narración de los respectivos historiadores, y por idéntica razon, siguiendo las leyes mismas del criterio, puedo y debo creer tambien los milagros obrados por el Señor y por sus discípulos y sus sucesores, que unánimes me atestiguan claramente el hecho de la revelación. Pero ¿y si tales milagros són meras invenciones ó pertenecen á la categoría de aquellos falsos milagros de que está lleno el paganismo? Semejante objeción es inadmisibile ora atendiéndola á los testigos que nos hablan, ora á las circunstancias que acompañan á los hechos reputados por milagros. Es verdaderamente notable el pasaje en que el gran poeta de la Edad media refutó esa objeción exponiendo el bello pensamiento de San Agustin.

El deber que tenemos de rendirnos á la fé, no consiste por consiguiente ni puede de ningun modo consistir en que la razón tenga que admitir ésta ó aquella doctrina sin fundamento suficiente: semejante especie siempre ha sido terminantemente rechazada en el seno de la Iglesia. San Atanasio combate indignado la opinión ya conocida de su tiempo y reproduce muchas veces despues, segun la cual debe el hombre creer sin exigir para su fé condición alguna y aun contra toda exigencia racional. ¿Con que tengo,